

# **La Chica de Ojos Azules**

**Por**

**Julio Escorcía**

***Freeditorial*** 

El celular repicó a las cuatro de la mañana, justo después que Eladio apagó la alarma. Eladio agarró el móvil entredormido y leyó el mensaje: “Mata a tu esposa y escapémonos”. Se restregó los ojos para terminar de abrirlos y volvió a leer el texto. El número telefónico no formaba parte de su lista de contactos, así que supuso que él era un receptor equivocado y lo ignoró. Colocó nuevamente el equipo en la mesita de noche y le tocó el hombro a Katherine para pedirle que se levantara a prepararle el desayuno y el almuerzo para llevar al trabajo, pero ella solo extendió el brazo derecho en el aire para sacudirse la mano de su esposo y mostrarle de una vez que aún estaba molesta y que no se movería de allí. Eladio comprendió el gesto y dejó la cama sin hablarle; él también estaba resentido, la noche se había hecho corta para olvidar tantas palabras sueltas sin contención. No habían sido suficientes las disculpas de lado y lado.

Llegó a la cocina releendo el mensaje en su memoria: “Mata a tu esposa y escapémonos”, “Mata a tu esposa y escapémonos”; por unos instantes pensó que quizá le habría gustado que el mensaje fuera para él y sonrió al descubrirse considerando esa posibilidad. “Mata a tu esposa y escapémonos”, volvió a sonreír, sin embargo fue una sonrisa un tanto triste: él no tenía con quién escaparse.

Cuando preparaba la masa para las arepas que había decidido hacer, entró Katherine a la cocina; ambos se observaron en silencio, ella esperaba que él iniciara la conversación y él aguardaba que ella diera el primer paso, ya que era ella quien estaba ingresando al área. Ninguno de los abrió la boca. Katherine se metió en el baño y, al salir, regresó a la cama.

Eladio contempló todo el recorrido de su cónyuge con las manos dentro de la taza, pensaba en todo y en nada al mismo tiempo; al retornar su atención a la cocina, consideró que tal vez resultaba mejor hacer unos bollos, pues sería mucho más rápido. “Mata a tu esposa y escapémonos” ¿A qué tipo de mujer se le ocurriría escribir un mensaje como ese? ¿Sería en serio? Mientras hacía los bollos, jugaba a imaginarse las facciones de la dama que envió el mensaje. Seguramente era alguien joven, o quizá no tanto, unos treinta y tres podría ser; debía ser una mujer de recorrido, alguien que no tuviera experiencia sería incapaz de escribir algo así, sin ningún emoji que indicara si era un chiste o no; aunque a lo mejor no tenía nada justamente porque el asunto era totalmente serio.

Montó la olla con agua en la estufa y otra vez se le cruzó la oración: “Mata a tu esposa y escapémonos”. Ninguna persona sana mentalmente sería capaz de enviar algo así. Caminó al cuarto para buscar la ropa interior; su cerebro aún continuaba buscándole una justificación sólida al mensaje de texto, la idea de que solo alguien psicológicamente inestable podría escribir eso no lo

terminaba de convencer. Su esposa estaba arropada completamente sin señas de ningún remordimiento por no haberse levantado a ayudarlo; él busco el calzoncillo, agarró el teléfono y se quedó detenido frente a la cama observando a Katherine; luego movió su vista por toda la pieza hasta encontrarse otra vez con la cama y el cuerpo de quien la ocupaba.

¿Por qué eran tan infelices? ¿Por qué últimamente discutían tan seguido y por cualquier tontería? ¿Por qué ella tenía que ser así? No, él no era nada de lo que ella le gritó anoche ¿Por qué lo llamó cabrón? ¿Ella le era infiel? Seguramente había exagerado al llamarla frígida ¿Por qué nunca más se sentaron a conversar como lo hacían al principio? Debió decirle eso de otra manera... Dejó la habitación con un cúmulo de preguntas sin responder. Echó los bollos en el agua, se bañó, se arregló, terminó de preparar todo y salió de la casa sin despedirse.

\*\*

Cuando el mensaje llegó, Eladio aún tenía el celular en la mano; lo abrió y constató que era el mismo número del día anterior: “Mata a tu esposa y escapémonos”. Giró la cabeza para descubrir que todo parecía seguir igual que esa mañana: ambos resentidos y ella negada a cocinarle.

¿Te vas a levantar o no?

Ella no reaccionó. Él continuaba con el celular en la mano y el mensaje abierto, aún estaba acostado a la espera de una respuesta de su mujer:

¿Entonces?

Katherine se destapó, dio media vuelta en la cama y lo divisó durante varios segundos en silencio, luego le habló con un gesto áspero y lacerante:

¿Qué quieres Eladio?

Él también la fijó sin decirle nada, no quería que la irritación que le había despertado esa respuesta se le escapara por la boca sin permiso, tal como había sucedido hacía ya dos noches.

Nada. Respondió y abandonó la cama con molestia.

Pero no repetiría las mismas acciones de antes, por supuesto que no, se iría sin comer al trabajo; compraría algo en el camino. Regresó otra vez al cuarto a buscar la ropa interior y revisó el celular, que todavía cargaba en sus manos: “Mata a tu esposa y escapémonos”. Sí, provoca matarla. Se dijo a sí mismo y pensó que seguramente el sujeto a quien de verdad iba dirigido el mensaje debía sentirse igual o peor que él. Al regresar del baño, halló a Katherine sentada en la orilla de la cama. Quiso preguntarle si le ocurría algo, pero consideró que seguramente ella lo ignoraría, así que mejor se evitaba el mal rato. Se vistió sin encender la luz y justo cuando agarró la manija de la puerta

para salir, ella le habló:

¿Tú todavía me amas?

Eladio se quedó detenido con el brazo derecho estirado, sujetando la empuñadura; le buscaba un motivo a la interrogante mientras esperaba que ella se la repitiera; pero ante el alargue agudo del silencio de la habitación, decidió responder algo que él tampoco sabía:

¿A qué se debe esa pregunta? Cambió de opinión, era mejor evadir el asunto, no tenía tiempo para aclarar una incertidumbre extemporánea.

Ya no eres el mismo conmigo.

Eladio sonrió, por supuesto que seguía siendo el mismo, ella era la que había cambiado:

¿Por qué dices eso? Interrogó todavía en la misma posición.

Por lo que pasó antenoche.

Tú fuiste quien empezó, no yo.

¿Ves? A eso me refiero. Por cualquier cosa te alteras.

Eladio prosiguió con la acción que había iniciado hacía un par de minutos y abrió la puerta:

Debo irme a trabajar, hablamos en la noche.

Durante el transcurso del día no pudo olvidar las palabras que había cruzado con su esposa. Le parecía bastante insólito que ella, precisamente ella, se quejara de que él no era el mismo, siendo ella la que había cambiado por completo, ni siquiera era un asomo de la mujer que él había conocido hacía ya doce años, más o menos.

Regresó a su casa a las siete de la noche con cierta idea de lo que respondería; el día le había servido para pensar un poco alrededor del tema y sobre muchos otros, sobre todo en esa mujer de ojos azules que hacía poco menos de una semana se encontró en el subterráneo. Sin embargo decidió no decir nada, esperaría a que ella reiniciara la conversación, eso era lo más conveniente.

Katherine también aguardaba lo mismo, y entre el silencio del uno y del otro, la conversación no tuvo ningún espacio; ni antes ni durante la cena y menos al momento de acostarse, todas las acciones se realizaron en completo mutismo; había tantas cosas por decir, tantas, que al final el silencio se apoderaba de ellas.

En la mañana, justo después de la alarma, recibió otra vez el mensaje: “Mata a tu esposa y escapémonos”. Era extraño que insistieran tanto con lo mismo, así que decidió responderle para informar que la solicitud no estaba llegando al verdadero destinatario. No recibió ninguna respuesta. Katherine se levantó de la cama sin que él la llamara y salió de la habitación. Al verla en bata, Eladio recordó a la mujer del metro y se preguntó cómo se vería ella vestida así. Quizá debió decirle más cosas, o por lo menos preguntarle el nombre, aunque...

Eladio dejó la oficina en el centro de la ciudad para trasladarse a la estación Palotal, sería un viaje de escasos quince minutos; sin embargo iba retrasado, debía iniciar la actividad a las tres de la tarde y ya eran las tres y cuarto. Se montó en el tren con esfuerzo y con bastante incomodidad porque el vagón venía lleno y, además, él cargaba consigo el pendón que, de forma obligatoria, debía abrir en cada evento que ejecutara.

Cuando por fin logró ubicar su cuerpo en el reducido espacio de la puerta, la descubrió a ella: al rostro y los ojos de ella. La contempló varias veces con el temor de que la fémina elevara un poco la cabeza y se percatara de que él la miraba a escaso un metro de distancia; pero lentamente fue ignorando el sobresalto hasta quedarse fijo en esos ojos azules y en los rasgos lisos y seguramente suaves de la dama, mientras tanto su cerebro componía las oraciones que nunca le expresaría. Aun así, no quería abandonar el tren sin decirle nada, sería inaudito:

Tienes algo cerca del ojo. Le comentó temiendo que le fallara la voz, y al mismo tiempo con el deseo de extender la mano desocupada y encargarse él mismo de quitarle la mota blanca que tenía cerca del ojo derecho.

La mujer le sonrió y se limpió aquella diminuta partícula que, a juicio de Eladio, interrumpía su belleza:

Gracias.

El tren se detuvo en la estación Palotal y él aún sentía que debía decirle algo más. Ya la mujer se había enterado de su embelesamiento, así que no tenía nada que esconder; sin embargo no se le ocurría nada, cada una de sus iniciativas le parecían ridículas, hasta que el tren abrió las puertas. Segundos antes de bajarse, le habló:

Eres muy hermosa, de verdad, muy hermosa.

En medio del ajetreo de la salida, creyó escuchar un “Chao” de parte de ella, pero no consiguió verla una vez que dejó el vagón. Ya había transcurrido casi una semana desde entonces y nada que coincidía con ella...

¿En qué piensas... o en quién?

Eladio interrumpió sus cavilaciones y retornó su memoria a la habitación; al encontrar a Katherine allí, casi en frente, se sintió incompleto:

¿En quién voy a pensar?, en nadie.

Katherine dejó nuevamente la alcoba. Él permaneció un rato más en la cama ¿Qué haría si la volviera a encontrar?, ¿le hablaría? Abandonó la habitación luego de constatar que no le habían respondido el mensaje. Al llegar a la cocina se encontró con el rostro de su esposa, sin embargo no quiso hablarle; esperaría a que ella tomara la iniciativa y le dirigiera la palabra, tal como había sucedido en el cuarto, ya que aunque hubiese sido en un tono bastante violento e incisivo, no dejaba de ser una capitulación de ella y, a pesar de que se lo negara a sí mismo, estaba satisfecho por eso.

Entró al baño pensando en la mujer del tren y en el mensaje. Si por alguna circunstancia de la vida se estableciera una relación entre ambos y ella le hiciera una solicitud similar, ¿aceptaría? Tal vez no hacía falta matarla, con abandonarla era suficiente ¿y si la decisión se hacía ineludible?... Abrió la regadera sin lograr darle una respuesta concreta a sus interrogantes.

Al salir del baño se volvió a encontrar con Katherine, ambos se vieron a los ojos sin comentarse nada; ella continuaba esperando una palabra o algún gesto de él, pero como no recibió nada, retomó sus quehaceres en la cocina; él, por su parte, se fue a la habitación preguntándose cómo sería su vida de casado si en lugar de Katherine, su esposa fuera la desconocida del tren; seguramente su vida sería completamente distinta, quizá todas sus penas se esfumarían apenas se encontrara con los ojos azules.

Se fue al trabajo sin dirigirle la palabra a Katherine y sin recibir ninguna respuesta del mensaje que había enviado. Lo más probable era que el mensaje fuera equivocado, quizá eso justificaba la ausencia de una contestación. Sintió algo de alivio al terminar de concluir su razonamiento, pero luego lo invadió la tristeza al pensar que no tenía a nadie que, aunque fuera en broma, le escribiera algo parecido.

\*\*

Katherine lo sacudió por el hombro derecho para despertarlo; él abrió los ojos segundos después de soltar un “Qué rico mi vida” y se encontró con el rostro de su esposa: No era Alicia, la mujer del metro. Todo había sido un sueño.

Tienes un mensaje en el teléfono. Alegó Katherine mientras salía de la cama.

Él todavía continuaba algo contrariado ¿Qué día era?, ¿ya había hecho las paces con su mujer? Agarró el celular y leyó el mensaje: “Mata a tu esposa y

escapémonos”. ¿Otra vez con lo mismo?, ¿hasta cuándo seguirían con eso? “Está equivocada amiga” escribió y envió. Trató de recordar el sueño en el que, acostado en la grama de algún parque, abrazaba y besaba a una mujer con las facciones de la chica del subterráneo y cuyo nombre era Alicia ¿Alicia?, ¿de dónde había sacado ese nombre? En realidad eso no importaba, al menos ya había encontrado algo concreto, distinto al vago “la chica de ojos azules”. Un segundo mensaje interrumpió sus pensamientos: “Revisa el libro que está debajo de la almohada”. Eladio releyó el texto con indiferencia y le reenvió el escrito anterior: “Está equivocada amiga”.

A los pocos minutos, cuando Eladio salía de la pieza matrimonial, llegó un tercer mensaje. Él se devolvió y lo abrió; súbitamente, salió de la modorra en que se hallaba, llamó a Katherine y abrió la ventana del cuarto para asomarse a la calle. Al no encontrar nada fuera de lo común, cerró la ventana y acomodó la cortina con bastante inquietud, luego releyó el mensaje: “Es contigo Eladio, revisa el libro debajo de la almohada”. Salió de la habitación y extendió la vista hasta la cocina donde Katherine le preparaba el desayuno, después se regresó, caminó lentamente hasta la cama, quitó la almohada y agarró el libro. El celular sonó justo en ese momento, lo cual hizo que Eladio se agitara tanto que estuvo a punto de tirarlo a un lado: “Revisa la página 47 y lee lo que está subrayado”.

Eladio volvió a acercarse a la ventana, aunque esta vez sin abrirla ¿Cómo demonios supo que había agarrado el libro? Llamó, sin embargo la contestadora le hizo saber que ese número no estaba asignado a ningún suscriptor ¿Cómo coño...? Buscó la página 47 y leyó el texto resaltado. En cuanto terminó de leer, acomodó el libro nuevamente en su lugar para que Katherine no se percatara de que él lo había revisado; luego aguardó durante varios minutos la llegaba de un quinto mensaje, pero al no recibir nada se fue a la cocina.

Trataba de no pensar en las líneas que había leído, era solo una novela, eso no significaba absolutamente nada, ¿o sí? No, eso no quería decir nada. Abrazó a Katherine por la espalda y le besó el cuello, aún no recordaba si ya se habían reconciliado, pero si ella lo había despertado de esa forma, significaba que ya ella había superado el asunto; no obstante... ¿dijo el nombre de Alicia en voz alta? Ella encogió los hombros para evitar que él la continuara besando:

¿Ya estás bien? Preguntó Katherine mientras terminaba de picar el tomate que le echaría a los huevos.

Sí, ¿por qué, qué tenía? Dejó de abrazarla y abrió la nevera. Mientras llenaba el vaso de agua, se preguntaba a sí mismo si le decía lo de los mensajes o no, pero al recordar el texto concluyó que no era necesario.

¿Qué tal es la novela? Interrogó cuando cerró la puerta del refrigerador.

¿Cuál novela?

Esa que estás leyendo. Dijo después de vaciar el vaso.

Katherine giró el rostro hacía él con una expresión bastante confusa, como preguntándole ¿Te sientes bien, de qué novela me hablas? Acción que luego ratificó con sus palabras:

¿Amor, de qué novela me estás hablando?

La que tienes debajo de... Olvídalo. Colocó el vaso en el lavaplatos y se metió en el baño.

Mientras estaba sentado en el inodoro pensaba en los mensajes, en la inexistencia del número ¿Cómo recibía los mensajes si no estaba asignado a ningún suscriptor?, en la novela, en el significado del subrayado ¿Era otro hombre?, ¿por qué lo negaba?...

Amor, ¿estás bien? Apúrate, vas a llegar tarde al trabajo.

Se levantó del excusado y entró a la ducha ¿Por qué ella insistía en preguntarle si estaba bien, qué carrizo le había ocurrido?

Ok. Ya voy.

Cuando salió del baño, Katherine ya le había guardado el desayuno en una segunda taza para que se lo llevara, puesto que no le daría tiempo de comérselo allí. Se despidieron con un beso en la boca, él todavía continuaba con esa sensación de incomodidad y ella con la idea de dormir un par de horas más antes de salir a la peluquería.

\*\*

A las doce del mediodía, exactamente, recibió un mensaje: “Eladio, mata a tu mujer y escapémonos”. Era el mismo número de los últimos días; abandonó su puesto de trabajo e inmediatamente lo marcó, sin embargo la operadora volvió a decirle que no existía ningún cliente asociado a él. Leyó el texto otra vez y notó que había un cambio, leve pero cambio al fin: en lugar de “esposa”, decía “mujer”. Eso seguramente significaba algo ¿Era otra persona la que escribía? No tenía importancia pensar en eso: “Quién eres?”

Bajó rápido al comedor, a las dos de la tarde tenía que estar en el patio de talleres del metro para hacerse cargo del taller de mimo que empezaría a ejecutar la dirección de cultura en calidad de apoyo. Alguien más lo facilitaría, no obstante él se encargaría de preparar el ambiente y, sobre todo, abrir el pendón institucional y tomar las fotos. Debía estar en el lugar a la una y media. Comió solo pero con cierta alegría, la esperanza de encontrarse con Alicia una vez más y conocer su verdadero nombre lo tenía algo ansioso.



Cuando estaba a punto de marcharse de la oficina, su jefe inmediato le pidió que esperara hasta que llegara uno de los choferes para que lo llevara a él junto a otro compañero; Eladio le indicó que no podía aguardar más porque se le hacía muy tarde, así que se iría por el metro. Antes de irse, le informó a su acompañante que él se adelantaría; tenía el presentimiento de que algo bueno le ocurriría en el camino, y solo había una cosa que podía ser buena.

Llegó inquieto a la estación del subterráneo. El número de personas en el andén le indicó que el tren no llegaba desde hacía rato y eso lo desanimó, con tanta gente allí sería muy difícil encontrarse con Alicia. Sin embargo recorrió todo el espacio buscándola, estaba seguro de que la reconocería desde cualquier distancia, era imposible olvidar sus ojos y su rostro.

Un tren vacío arribó a la estación a los pocos minutos y él, tras forcejear un poco, consiguió entrar en el vagón secundario. Desde la puerta alargó la vista por todos los alrededores, pero no la consiguió; a medida que el tren recorría las diferentes estaciones, las esperanzas de encontrársela iban decayendo hasta que finalmente llegaron a cero.

Arribó al patio de talleres del metro con bastante tristeza y decepción; tal vez había abordado el tren muy temprano ¿cuáles eran las posibilidades reales de volvérsela a encontrar? Quizá estaba pidiendo demasiado, ¿o no? De todos modos, ¿qué haría cuando la viera? Al terminar la actividad pensó en tomar el tren de regreso a la oficina, pues seguramente, al ser más tarde, habría mayores probabilidades de hallarla; no obstante, su acompañante le informó que no era necesario volver, que podía irse para su casa de una vez, así lo había decidido el jefe. Escuchó la noticia con desagrado, pero luego la tomó como una señal del destino, una que seguramente le decía que no insistiera, que no coincidirían, al menos no ese día.

Arribó a su casa a las cuatro y media. Katherine estaba en la cocina preparando la cena mientras escuchaba, bailaba y cantaba la canción que reproducía el celular; Eladio se quedó detenido en medio de la sala oyendo la voz de su mujer, la cual se superponía a la de Rubén Blades. Le pareció algo extraño que ella estuviera cantando con tanta emoción, y sobre todo esa pieza ¿Desde cuándo le gustaba "Decisiones"? Recordó el párrafo subrayado en el libro y lo relacionó con la música que sonaba ¿Por qué me oculta que está leyendo esa novela? ¿Qué esconde?

¿A qué se debe tanta felicidad?

Hola amor, ¿cómo te fue?

Bien, creo.

¿Cómo así, qué pasó?

Nada, no pasó nada.

Y eso era justamente lo que lo entristecía, que no había pasado absolutamente nada, nada de lo que esperaba. Katherine continuó cantando la canción mientras él la observaba. Sí, aún la amaba, quizá más que antes, aunque últimamente se sentía bastante raro. Se acercó a la entrada de la cocina y se recostó a la pared.

¿A qué se debe tanta felicidad? Repitió cuando ella se volteó para abrir la nevera.

¿De qué hablas?

Tenía tiempo que no te veía así.

¿Así cómo?

Así...

¿Qué, cantando? Desde que me conoces canto así, amor... ¿Te encuentras bien?

¿Por qué insistía en preguntarle si estaba bien? No recordaba ningún acontecimiento que la invitara a hacerle esa interrogante de forma tan insistente. Se alejó de la cocina y se metió en el cuarto ¿De verdad desde que la conocía ella cantaba de esa forma? No lo recordaba, pero seguramente no era nada de qué preocuparse. Se tiró en la cama, y mientras veía el bombillo apagado del techo pensaba en Alicia ¿Qué estará haciendo ella en este momento?, ¿pensará en mí? Echó a un lado la almohada de su mujer pero no encontró el libro. Se levantó de la cama, se cambió de ropa y salió nuevamente.

Comió con Katherine en la sala sin dejar de mirarla; ella no paraba de sonreírle, de consentirlo y de mostrarle una alegría que él recibía como inusitada. Se preguntaba a cada instante por qué ella actuaba de esa manera sin atreverse, siquiera, a expresar su impresión, ya que seguramente ella le respondería que él la había conocido siendo así. Entonces, ¿quién era la mujer taciturna y amargada de los otros días? Tuvo sexo con esa mujer que rayaba en lo desconocido con la incertidumbre de no saber si de verdad ella era así desde mucho antes o si era que ocultaba algo, y de allí su comportamiento. Se durmió sin concluir nada.

\*\*

Despertó de forma abrupta gritando el nombre de su pareja; luego de sobreponerse y comprender que se trataba de una ensoñación, volteó a un lado para revisar si la había despertado; pero Katherine no se había inmutado ante sus gritos. Agarró el celular y chequeó la hora: 3:21 a.m. Abandonó la cama con la idea de ir al baño, aunque antes de salir de la habitación se acercó por el

otro lado de la cama para observar a Katherine; metió la mano con cuidado debajo de la almohada y no consiguió el libro. Pensó que seguramente ella lo había cambiado de lugar y caminó al baño meditando en las sensaciones extrañas que últimamente estaba sintiendo; aun cuando todo parecía estar bien a su alrededor, él no dejaba de sentirse incómodo ¿Era por los mensajes? No, eso no tenía por qué afectarlo ¿Era Katherine? ¿Alicia? No, no lo sabía con exactitud, quizá era un poco de todo. Salió del baño y se acostó otra vez, no sin antes volver a contemplar el cuerpo dormido de Katherine y preguntarse si Alicia dormiría sola o con alguien más.

La alarma del celular lo encontró despierto, tratando de completar el ensueño que le había interrumpido su descanso. Buscó el móvil y lo silenció. En su mente aún estaba intacta la única imagen que había logrado rescatar del sueño: sus gritos luego de que Katherine decidiera marcharse, lanzándose de un séptimo piso. Movié su cuerpo para tocar el hombro de su mujer y despertarla; ella, no obstante, extendió su brazo izquierdo, retiró la mano de él de su hombro y se arropó hasta la cabeza. Eladio creyó entender la acción, aunque sin saber cómo contrarrestarla ¿Qué significaba ese rechazo?, ¿estaban peleados o no?, ¿lo de anoche fue un sueño?

Apenas se sentó en la cama para levantarse, recibió un mensaje: “Eladio, mata a tu esposa y escapémonos”. Lo leyó y lo borró de inmediato; estaba fastidiado, no quería saber nada de nada ni de nadie ¿Qué demonios era lo que estaba pasando? Pero arribó otro mensaje: “Eladio, mata a tu esposa y escapémonos. Revisa debajo de la almohada”. Eladio divisó el volumen debajo de las sábanas y después ubicó sus ojos en la almohada. “Quién eres que quieres de mí?” escribió. Se puso de pie y caminó a la cocina con el celular en la mano, buscándole una explicación a la actitud de su cónyuge.

Cuando abría la nevera recibió otro texto: “Soy Alicia”. Se quedó detenido frente al refrigerador con la puerta en su mano derecha, el nombre recorría su cerebro y todo su cuerpo: Alicia, Alicia, Alicia, Alicia... El sonido de otro mensaje lo sacó de su ensimismamiento; cerró la puerta y lo leyó: “Busca debajo de la almohada”. Las dudas lo mantenían inmóvil ¿buscaba debajo de la almohada o no?, ¿de verdad era Alicia, esa Alicia?, ¿cómo había conseguido el número? Decidió escribir: “Cómo sé que eres Alicia”. Envío las líneas con miedo, con alegría, con incertidumbre, con... “¿Ya olvidaste mis ojos azules?” Sonrió al terminar de leer el mensaje. No existían más dudas, él no le había comentado nada a nadie sobre ella y menos sobre el color de sus ojos. No tenía más nada que preguntar. “Jamás olvidaría tus ojos” escribió mientras caminaba de regreso a su cuarto.

Debajo de la almohada consiguió la misma novela y, justo como sucedió la primera vez, apenas la tuvo en sus manos llegó un mensaje. Eladio atendió el celular con apremio y con miedo de que Katherine se despertara y lo

descubriera con el libro en las manos: “Revisa la primera página”. Siguiendo las instrucciones, leyó la dedicatoria del libro: “Contigo no tengo necesidad de vivir a la defensiva. Me siento feliz”. Contempló a Katherine, quien aún continuaba tapada de pies a cabeza, y le escribió a Alicia: “Quién es Rolando García?”; pero no recibió ninguna respuesta. Guardó el libro donde estaba y se devolvió a la cocina; una vez allí, se percató de que ya era demasiado tarde para prepararse algo de comer. Entró al baño, se duchó con rapidez, preparó sus cosas y se marchó a su trabajo.

Las horas transcurrían lentamente; Eladio trataba de no pensar en el asunto, de concentrarse en otra cosa, sin embargo le fue imposible olvidarse del mensaje, de Rolando García y de Alicia. Como el trabajo en la oficina era bastante escaso, aprovechó la jornada para buscar la novela en internet. “La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria” transcribió en el buscador con la esperanza de descargar una versión en pdf., pero no la consiguió. Durante poco más de una hora estuvo indagando en la web sin ningún resultado positivo, decidió entonces pedir un permiso para ir a una librería. Tenía la necesidad de conocer la novela y determinar cuál era el mensaje que le estaba enviando Alicia ¿una infidelidad de Katherine con el tal Rolando? No, eso no podía ser posible.

Tampoco ubicó el libro en las cuatro librerías que visitó. Alguien le dijo que sería difícil conseguirla porque era una novela muy vieja y porque, además, con el problema de los dólares en el país, era muy complicado y costoso traerla en una edición actualizada; que buscara en los sitios de venta de libros usados. Regresó a la oficina con las manos vacías y pensando en la dedicatoria del texto ¿Qué coño quería decir eso de “contigo no tengo necesidad de vivir a la defensiva”? ¿Ella estaba viéndose con otro tipo? Sacó el teléfono y le escribió a Alicia: “Quién es Rolando García? Respóndeme”. Se sentó otra vez en la computadora y nuevamente buscó la novela; no podía creer que nadie hubiese tenido la iniciativa de escanearla y montarla en la red, o transcribirla, no importaba que estuviera mal redactada, solo deseaba leerla y... Llegó un mensaje. Eladio lo abrió con ansiedad: “Todo a su debido tiempo”.

La maldijo. Ningún “todo a su debido tiempo”, él quería salir de dudas de una vez por todas, necesitaba saber si el cambio de actitud de Katherine para con él era por culpa del maldito Rolando. Le envió otro mensaje: “Dímelo de una vez”. Pero esta vez no obtuvo respuesta y las horas se extendieron aún más. La idea de que su mujer lo estaba engañando con otro no dejaba de repetirse una y otra vez en su mente; por mucho que intentara desviar sus pensamientos y situarlos en la programación que debía entregar al día siguiente a primera hora, terminaba recordando el párrafo subrayado y recreando las imágenes que allí se describían: Katherine, completamente

desnuda, sentada en las piernas de un septuagenario desconocido al que le tapaba el rostro con sus grandes senos blancos. La imagen iba y venía cada vez más clara, tanto que Eladio escuchaba los jadeos desesperados de ambos y apreciaba los movimientos pélvicos y el bamboleo de los senos de la fémina en la cara del viejo. No soportó la angustia y pidió permiso para retirarse temprano de la oficina.

Llegó a la peluquería a las dos de la tarde, abrió la puerta y se asomó sin decir absolutamente nada. Uno de los peluqueros, en cuanto lo reconoció, lo saludo y le hizo señas de que Katherine había salido al mediodía. Eladio le sonrió y se retiró. La llamó por teléfono pensando en una posibilidad que últimamente se estaba haciendo muy factible, demasiado factible:

¿Dónde estás, amor?

Ella hablaba de unas características que parecían ser las del lugar donde se encontraba, no obstante, a los oídos de Eladio solo llegaban algunos finales estirados en forma de ecos.

No te escucho nada. Hablamos después. Colgó. Estuvo un rato detenido en medio de la acera mientras decidía si la esperaba hasta que regresara a la peluquería o de una vez se iba para la casa. Decidió devolverse para su casa, pero lo haría por el subterráneo; eran cerca de las tres y había mayores probabilidades de encontrarse con Alicia. Aprovecharía la oportunidad para preguntarle de una vez cómo había conseguido su número telefónico y quién era Rolando García.

El andén estaba nuevamente colapsado. Los usuarios del sistema pululaban de un lugar a otro y los distintos olores corporales, junto al calor, hacían densa y tensa la atmósfera de la estación. Uno de los operadores ordenó a sus otros compañeros que frenaran el acceso de las personas que venían llegando porque no había espacio dónde ubicarlas. Eladio ya había recorrido toda el área sin encontrarse con los ojos de Alicia. Al descubrir que eran las tres y cuarto, tomó la decisión de no montarse en el tren que estaba llegando. Seguramente Alicia era una de las tantas personas que aguardaban a que abrieran el paso una vez más y él esperaría a que entrara.

Luego de diez minutos bastante extensos el tren por fin dejó la estación. Eladio se levantó del banco metálico donde estaba sentado y se movió hasta la única escalera que funcionaba por el acceso sur. Escuchó la orden de solicitud de apertura de los torniquetes y segundos después comenzó a divisar los rostros de los usuarios que descendían desesperadamente. Los ojos de Alicia no se mostraban por ninguna parte y la espera poco a poco se transformaba en angustia, en tristeza y en algo que no lograba precisar aún pero que, sin embargo, le causaba mucha incomodidad. La voz que suspendía el ingreso de los pasajeros y el último individuo que salvaba los escalones con fastidio le

hicieron pensar que tal vez ella había arribado al andén por la entrada norte. Caminó con rapidez hasta la otra escalera y se quedó detenido frente a ella; en algún momento Alicia llegaría y él debía estar allí presente. Arribó un segundo tren, pero él se negó a abandonar la escalera. Sacó el teléfono y marcó el número que todavía tenía fuera de sus contactos: la contestadora le volvió a recordar que ese número no existía en esa empresa. Alargó la vista hacia cada una de las puertas del tren con la ilusión de encontrarla, sin embargo no la ubicó en ninguna de ellas.

Chequeó otra vez la hora e insistió en esperar un tercer tren. El timbre del mismo operador anunció la apertura de los torniquetes y Eladio volvió a centrar su atención en los rostros de los usuarios que descendían amontonados por las escaleras. Tal como había sucedido antes, a medida que el volumen bajaba en los peldaños y aumentaba en el andén, la desdicha y la decepción se incrementaban en Eladio. Estiró la vista por última vez hasta la parte más alta de la escalera y luego decidió buscar un lugar en el andén en el cual pudiera tener acceso al tren sin que lo empujaran ni tener que empujar a nadie.

Cuando arribó a su casa eran las cinco de la tarde, Katherine no había llegado todavía. Entró a la habitación y buscó el libro con el propósito de leer el pasaje subrayado y descifrarlo; algo debía significar eso y él debía descubrirlo cuanto antes, pero no lo encontró. Revisó todos los rincones de la habitación sin ningún resultado afirmativo ¿Qué significaba todo eso?, ¿dónde lo había metido?, ¿por qué lo escondía? Todo empezaba a resultarle extraño: su desdén al momento de él abrazarla, su reciente falta de comunicación, sus silencios en las mañanas, su reducido número de mensajes, su algarabía y alegría repentina... ¿Por qué aún no había regresado del trabajo?

Eladio acomodó nuevamente la pieza como estaba para no dejar huellas de la revisión y se sentó en los pieceros de la cama matrimonial. Por primera vez, en mucho tiempo, pensó en su matrimonio. Ya contaban diez años de unión civil, que se incrementaban a trece si se agregaban los años de noviazgo. Sus codos descansaban sobre sus rodillas mientras las manos, entrecruzadas, presionaban levemente su boca y la nariz, trató de meditar un poco en su estado actual y en la razón por la cual no tenían hijos todavía; no recordaba ningún acuerdo sobre tener o no descendencia, y ahora que lo pensaba... ¿por qué no habían tenido un hijo? Él contaba treinta y tres años y ella treinta ¿Era hora de que el dúo pasara a convertirse en trío? Katherine abrió la puerta de sala y él se paró de la cama sin responderse la interrogante.

Katherine avanzó directamente hasta la cocina, abrió la nevera y llenó un vaso de agua. Cuando giró su cuerpo hacia un costado, se encontró con Eladio:

Estás aquí, amor. Soltó un tanto sorprendida.

Él sonrió y le respondió que sí sin explicarle los motivos y sin decirle que fue a buscarla a la peluquería.

¿Cómo te fue hoy?

Bien, normalito. ¿Y a ti?

Normal también. Alegó Katherine mientras colocaba el vaso en el mesón. Antes de pasar al cuarto le acarició los brazos, la mejilla derecha y le preguntó si se sentía bien.

Eladio hizo una mueca que no llegó a convertirse en sonrisa y movió la cabeza en modo afirmativo; era la enésima vez que le preguntaba lo mismo y ya estaba fastidiado de la pregunta:

¿Por qué siempre me preguntas si estoy bien y en ese tono?

Ella detuvo sus pasos, se viró y le sonrió:

¿Te molesta?

No, no es eso, es que... Olvídalo, no me prestes atención.

Katherine, en efecto, ignoró las palabras de su esposo y se adentró a la habitación. Eladio permaneció en la cocina preguntándose por qué demonios no le dijo lo que realmente pensaba. Por qué no le confesó que no le gustaba que le hiciera tantas veces esa pregunta y que, sobre todo, usara siempre el mismo tono, como si él fuera un pequeño precoz. No, no le agradaba. Abandonó la cocina y comenzó a caminar con dirección al cuarto; cuando estaba cerca de la puerta de la pieza, recibió la notificación de un nuevo mensaje: era Alicia. En cuanto leyó el texto miró hacia todos lados con inquietud y algo de temor, luego se devolvió rápidamente a la cocina y lo releyó:

“Saca el cuchillo que tienes en la gaveta del mesón, mata a tu esposa y escapémonos”.

¿Qué significaba eso? La situación subía a un nivel mucho más serio y eso ya comenzaba a preocuparlo ¿Lo estaban espiando?, ¿cómo sabía que había un cuchillo en la gaveta? Volvió a leer el mensaje y sacó el cajón. Cuando se vio a sí mismo con el cuchillo en una de sus manos sintió pánico y lo dejó caer. ¿Qué me pasa? Se dijo para sus adentros y le respondió a Alicia: “Qué te pasa estás loca?”.

“No te resistas, haz lo que tu cuerpo de pide que hagas”.

No, su cuerpo no le pedía asesinar a nadie, solo... solo que... “De que estás hablando?” Cerró la gaveta y se metió en el baño, no sin antes constatar que Katherine continuaba en la habitación. “Llevas rato pensándolo, ¿qué detiene?” la afirmación del mensaje lo hizo dudar. Sí, tenía que reconocerlo,

en ocasiones tenía fuertes ganas de estrangular a su esposa, sobre todo cuando con cara de estúpida le preguntaba “¿Estás bien?”; sin embargo estaba seguro de que eso era algo normal ¿A qué esposo no le han dado ganas de matar a su mujer? Seguramente era algo extremadamente común y, además, también era muy probable que ella en algunos momentos tuviera deseos de matarlo. ¿Pero pasar del deseo a hacerlo realidad? “¿Quién te dijo eso, cómo lo sabes?” escribió las líneas con miedo a la respuesta, la idea de constatar que lo vigilaban lo hizo sudar dentro del baño. “Nadie, yo sé todo sobre ti”. Justo cuando terminó de leer aquello, alguien golpeó la puerta. Eladio se sobresaltó y se levantó rápido del retrete, miraba las paredes del baño como buscando un espacio por el cual escapar, mientras aguardaba la aparición de alguna voz ¿Era Katherine? Nadie decía nada y él tampoco se atrevía a preguntar y menos a responder el último mensaje que había recibido ¿Qué estaba pasándole?

Se sentó nuevamente en el inodoro. El calor y la sudoración aumentaban con los segundos. Tenía miedo de salir del baño porque estaba inseguro de sí mismo y de los demás, lo preocupaba el recuerdo de él con el cuchillo en la mano derecha sin poderse explicar el momento en el cual lo había sacado de la gaveta; pero no solo era eso ¿y si había alguien más? Nuevamente sonó la puerta; y aunque esta vez fue un golpe más suave, Eladio se mantuvo fijo en su decisión de no abrirla hasta tanto no se sintiera seguro. Miró el celular y releyó el mensaje: “Nadie, yo sé todo sobre ti”. ¿Eso era posible?

¿Te falta mucho? Preguntó Katherine desde afuera y Eladio sonrió aliviado, abrió la puerta con apremió y salió con una sonrisa que trataba de ocultar el nerviosismo que lo invadía.

¿Te encuentras bien? Interrogó ella al verlo empapado de sudor.

Él le contestó que sí y se alejó de ella con rapidez. Las manos le temblaban sin ninguna razón aparente; se sentó en la cama matrimonial con el sudor circulando aún por sus glándulas ¿Qué le estaba sucediendo? Tiró el celular en el colchón mientras revisaba incrédulo la transpiración y la vibración de sus extremidades superiores, luego se levantó con premura y oteó por el vidrio de la ventana del cuarto: no había nadie. Llegó otro mensaje. Eladio corrió hasta la cama y cogió el móvil: “Agarra el cuchillo que está debajo del colchón, mátala y escapémonos”. Arrojó el equipo en el colchón otra vez y retrocedió varios pasos. Eso no estaba ocurriendo, debía estar imaginandoselo. Se acercó temeroso a la cama, largó su vista hacia la entrada del dormitorio y escribió: “Escaparnos hacia ¿donde?” Cuando tocó el icono “Enviar”, cambió de parecer e intentó frenar el mensaje, pero no fue posible.

Comenzó a caminar de un lado a otro dentro de la pieza; sus manos todavía seguían temblando y los segundos parecían alargarse más de lo normal, la habitación se hacía cada más oscura y mínima ¿El cuchillo debajo del



colchón? Trataba de no fijarse en la cama, mas sus ojos parecían tener voluntad propia ¿Cómo había llegado ese cuchillo hasta allí? Miró la puerta de la pieza, la cama, la puerta, la cama, sus manos temblando entrelazándose mutuamente. Avanzó con velocidad hasta la puerta y se asomó: Katherine aún estaba en el baño. Con la misma rapidez se devolvió y levantó el colchón; ahí estaba el cuchillo, filoso, largo, ancho y puntiagudo. Tal como había ocurrido en la cocina, cuando reaccionó, ya tenía el utensilio en la mano derecha, ahora convertido en arma.

¿Y ese cuchillo? Inquirió Katherine al ingresar al cuarto.

Eladio divisó el cuchillo en silencio y luego a su esposa, el cuchillo y a su esposa, el cuchillo y a su esposa, el cuchillo y a...

Amor...

¿Qué pasó? Respondió por fin él.

Que qué haces con ese cuchillo.

¿Este? Preguntó luego de ojearlo e inmediatamente colocó su vista en el teléfono. No, nada. Estaba debajo del colchón.

¿Debajo del colchón?, ¿y qué hacía allí?

No lo sé. Alegó y otra vez caminó a la cocina huyendo de Katherine; al arribar al mesón descubrió que había dejado el móvil en la cama y se devolvió con angustia y apremio:

Deja ese teléfono donde está.

Katherine se quedó inmóvil y sin proferir palabra alguna mientras atisbaba el celular y la mano derecha de su marido. Eladio notó los movimientos oculares de su cónyuge y, al mirarse a sí mismo, descubrió el cuchillo que apuntaba hacia el cuerpo de la fémina:

Lo siento, disculpa. Sostuvo y abandonó la habitación sin el teléfono.

Se encerró en el baño nuevamente y comenzó a llorar. No sabía lo que le estaba sucediendo y tenía miedo; aun así, trató de calmarse y buscarle una explicación a lo acontecido, pero en cada intento suyo aparecía la imagen de Alicia y ese mensaje que lo estaba enloqueciendo: “Eladio, mata a tu esposa y escapémonos”. ¿Quién era Alicia?, ¿por qué le estaba pasando todo eso? Katherine le tocó la puerta, y luego de preguntarle si se encontraba bien le pidió que le abriera; él le respondió que estaba bien pero que quería estar solo un rato.

Luego de media hora, Eladio salió del baño tranquilo, bebió agua de la nevera y se metió en el cuarto con deseos de acostarse a dormir. Katherine, que contempló todo el trayecto desde el porche de la casa, dio algunos pasos

con el objetivo de acercársele e indagar las causas de su comportamiento, no obstante prefirió dejarlo para otro día. Ya encontraría el momento adecuado para hallarle una respuesta a sus inquietudes.

\*\*

Cuando el tren abrió la puerta, él se tropezó con los ojos azules de una mujer. La sorpresa lo dejó estático por unos breves instantes, aunque al reaccionar buscó las facciones de la fémina para corroborar que efectivamente era ella, Alicia. Por primera vez la veía sonreír y lo emocionó concluir que su sonrisa era tan impresionante como sus ojos. Ella lo llamó por su nombre ¿Cómo lo supo? Seguramente él había escuchado mal; sin embargo luego recordó los mensajes de texto y las dudas desaparecieron.

Alicia lo invitó a bajar del tren y lo tomó de la mano mientras caminaba hacia las escaleras de la estación Palotal. Eladio divisaba su extremidad derecha entrelazada con la de ella y miraba hacia atrás como despidiéndose del mundo insípido y rutinario en el que vivía para enrumbarse hacia uno desconocido y por lo tanto excitante, sobre todo si iba de la mano con ella. Pero cuando al fin salieron de la estación, él sintió el deseo y la necesidad de volverse, y al hacerlo se la encontró a ella, a Katherine, en la entrada.

Katherine también lo llamó por su nombre, y después le agregó la palabra “amor” para pedirle que la acompañara a comprar algo. Él quiso precisar qué era ese algo para lo cual ella lo invitaba, pero justo cuando ella se lo especificaba, todo se enmudeció. Eladio buscó una respuesta en los ojos de Alicia y solo halló una frase seca y precisa: “Mátala y escapémonos”. Sonrió al escuchar aquella solicitud y se sorprendió ¿por qué sonreía cuando en realidad debía abrumarse y rechazar semejante locura?, ¿hasta cuándo ella iba a seguir con eso? Continuó sonriendo y se acercó a Katherine, le pidió que se fuera con él y los tres se embarcaron en un automóvil.

Todo era absurdo ¿Por qué Katherine había aceptado subir al vehículo con Alicia?, ¿harían un trío? No, no era eso; ya todo estaba en marcha, lo supo cuando Alicia lo miró por el retrovisor:

Dobla aquí en la esquina. Dijo él con una calma que lo sorprendió.

¿Qué vamos a hacer por aquí?, esta calle es ciega.

No te preocupes, vamos a dejar algo acá y enseguida nos vamos. Respondió Alicia con sus ojos en el retrovisor interno.

En cuanto Alicia detuvo el auto al final de la calle, Eladio se arrojó sobre Katherine y la apretó por el cuello. Mientras Katherine daba gritos y buscaba zafarse, Alicia se pintaba los ojos y las cejas. Cuando la futura estrangulada resopló por última vez, sonó la alarma del celular. Eladio abrió los ojos con

algo de agite y agotamiento: había sido un sueño, uno muy malo seguramente. Sin embargo, cuando tuvo noción de dónde estaba descubrió sus manos en el cuello de Katherine.

Durante varios segundos infinitos observó sus manos y el cuello de su mujer sin la reacción más mínima; había entrado en un estado de shock, y en él trataba de ubicar una trayectoria lógica entre una situación y otra ¿Cómo demonios...? pero su cerebro solo divagaba en la incongruencia. Al volver en sí, estaba parado al lado de la cama mirando a uno y a otro costado; se acercó a Katherine y la movió, le tocó el cuello, puso su oreja en el pecho para escuchar los latidos y luego, por fin, decidió buscar ayuda.

El mensaje llegó a la hora acostumbrada, no obstante, en medio de la conmoción, de las preguntas y de las dudas que desató el cuasi asfixiamiento, Eladio lo revisó tres horas después cuando salía de una delegación policial: “¿Por qué no terminaste?” leyó, todavía buscando el camino que unía una acción con la otra. Era la primera vez que le ocurría algo similar ¿Y si la hubiese matado? Seguramente ya lo hubieran detenido, nadie estaría allí para constatar que todo lo había hecho dormido ¿Desde cuándo era sonámbulo? Ya el asunto había sido aclarado por Katherine, aun así, le quedaba una incomodidad interna que le apretaba las costillas ¿A qué se debía?

“De qué hablas?” escribió mientras caminaba a la parada de autobuses para regresar al hospital ¿Cómo vería a su esposa ahora? Si antes la sentía esquiva, ahora sería mucho peor, y con justificación. En cualquier momento él podía matarla sin que ninguno de los dos se enterara ¿Eso era posible, él podía asesinarla dormido? “Estuviste a punto de matarla y te detuviste ¿por qué?” Dejó de caminar, pensó que lo mejor era decirle a la policía sobre los mensajes y, además, confesar que su declaración había sido falsa: en el sueño no había ningún sujeto agrediendo a su esposa y él tampoco la quiso defender. “Déjame tranquilo no me escribas más”, envió y apagó el teléfono. Luego retomó la marcha hacia la parada.

Entró a la ciudad hospitalaria en silencio y con otra pregunta que lo incomodaba desde hacía rato ¿un sonámbulo podía matar a alguien? Cuando pasó frente a la recepción se detuvo sin poder evitarlo: la recepcionista tenía los ojos azules y la misma sonrisa de Alicia, ¿era ella?

¿Alicia? Preguntó con incredulidad y la mujer le sonrió. Sí, era la misma sonrisa.

Dígame señor, ¿en qué lo puedo ayudar?

Se acercó al mostrador lentamente con la emoción contenida, por fin la tenía enfrente y no estaba soñando:

¿Eres Alicia?

Sí, dígame.

¿Eres Alicia, Alicia? La dicha no podía ser mayor y debía estar seguro, no le importaba que la mujer lo viera como un estúpido. Lo que tanto había deseado en las últimas semanas se estaba cumpliendo, solamente que ahora no se le ocurría cómo iniciar la conversación:

Soy Eladio.

La sonrisa de la recepcionista se mantenía fija, a la espera de algo más, mientras, le agregaba a su expresión facial una pregunta un tanto decepcionante: ¿Quién es Eladio?

¿No me reconoces? Soy Eladio, ¿recuerdas... los mensajes...?

La sonrisa continuaba allí, estática, falsa, y ya empezaba a convertirse en ridícula. Eladio trató de avanzar un poco más pero se topó con el mostrador. La dama por fin le confesó que lo desconocía; que la disculpara pero no recordaba quién era él. Eladio permaneció quieto durante varios segundos con su sonrisa truncada, estúpida, buscando la manera de darle más detalles a la mujer para que lo identificara, pero desistió; si no reaccionó cuando él le mencionó el asunto de los mensajes, significaba que no era Alicia, su Alicia. Se despidió y subió a la habitación de Katherine bastante compungido; por un momento había considerado la posibilidad de una señal divina, de algo que indicaba el final de un episodio de su vida y el inicio de otro; la posibilidad de que él se encontrara con Alicia en el hospital no podía ser interpretada de otra forma. Aunque, a decir verdad, el fracaso que significaba el desencuentro no era algo tan catastrófico ¿Cuál era la probabilidad de que allí coincidiera con una fémina que llevara el nombre de Alicia y que, no conforme con eso, tuviera los ojos azules y la misma sonrisa? No, no podía dejar pasar un hecho como ese. Algo estaba indicándole el destino ¿Debía dejar a su mujer, matarla?

Al ingresar a la habitación encontró a Katherine con los ojos cerrados; le sorprendió que estuviera sola, que sus padres, con lo alarmantes que eran, no hubiesen llegado todavía. No obstante, recordó que no les había informado nada, que entre la emergencia y el acoso de la policía no había tenido la oportunidad de avisarles y... No, no era eso, en realidad no tuvo el valor de hacerlo, pero ahora... No, tampoco, quizá lo mejor era quedarse afuera y aguardar hasta que se sintiera preparado o hasta que Katherine solicitara su presencia, o... Katherine abrió los ojos, lo vio parado en la puerta e inmediatamente le hizo señas para que pasara; él avanzó lentamente, cuando llegó a la cama comenzó a acariciarle los pies por encima de las sábanas.

Hola, ¿cómo te sientes? Dejó salir la interrogante con vergüenza; durante el recorrido hacia la habitación había considerado la idea de devolverse, de

desaparecer y no verla más para evitarse ese mal momento, pero ya estaba allí, no tenía otra opción.

Estoy bien, un poco adolorida pero bien.

Lo siento, yo...

No te preocupes, no es tu culpa.

Claro que sí, yo... Pensó que tal vez ese era el momento adecuado para confesarle de una vez lo que estaba sucediéndole, para... Un mensaje de texto lo interrumpió ¿No había apagado el celular? Estaba seguro de haberlo hecho antes de llegar al hospital. Desvió su atención hacia el móvil y lo sacó de su bolsillo: “Asómate a la ventana”. Eladio ignoró las indicaciones y guardó el equipo.

¿Quién era?

No, nada especial.

Acércate.

Eladio avanzó un par de pasos aún con dudas; aunque no quería aceptarlo, en el fondo sentía cierta nostalgia, cierta tristeza de que él todavía estuviera allí y de que ella siguiera viva. Estiró la mano derecha para sujetar la de ella, pero antes de que pudiera rozarle los dedos volvió a sonar el celular. La primera extremidad prosiguió con su movimiento mientras la otra indagaba en el bolsillo del pantalón: “Asómate a la ventana”. Nuevamente ignoró el mensaje, o al menos eso intentó: la curiosidad estaba latente y lo empujaba hacia el lugar demarcado.

Yo,... de verdad lo siento, no fue... Lo interrumpió un tercer texto: “Asómate a la ventana”.

¿Quién es?

Nada importante, tranquila. Alegó y caminó hasta la ventana.

Fuera del edificio no advirtió nada que pudiera catalogar como “extraño”, de modo que regresó enseguida al lado de Katherine. Trataba de deshacerse del sentimiento de culpa, de la vergüenza, de la tristeza de saber que ella estaba allí, que su Alicia no era la de la recepción y que en las afueras del hospital no había nada de lo que pudo imaginarse. Todo se estaba convirtiendo en un desastre y no sabía cómo salirse de él. La pregunta ¿qué pasará ahora? circulaba por todas las papilas gustativas de su lengua y él la saboreaba sin tener el valor de sacarla. Se sentó en el borde de la cama y comenzó a acariciarle la mano diestra sin decirle nada; luego de varios minutos, le habló con el mismo tono recogido de antes:

¿Qué te dijo el médico?

Que estoy bien.

Ella no quiso confesarle que sufrió un paro cardiorrespiratorio, que luego de que él la dejara sola para ir al comando policial a rendir declaraciones, ella murió durante dos minutos y medio; tampoco le comentaría que debía someterse a varios exámenes para descartar cualquier daño cerebral, no, se lo contaría todo después, cuando él hubiese dejado atrás la culpa.

¿Cuándo puedes salir de aquí?

Mañana en la tarde, si no hay ningún problema. Sonrió y cubrió las manos de Eladio con su mano izquierda.

Ambos volvieron a guardar silencio; la interrogante ¿qué pasará ahora? continuaba en las papilas de Eladio sin conseguir nada, mientras tanto Katherine recordaba el instante en el que su cónyuge la sujetaba por el cuello: Ella, en medio de la impresión y el desespero, buscó defenderse, y en su intento lo rasguñó, gritó varias veces su nombre y... Un mensaje de texto rompió el ambiente, pero Eladio no se inmutó, su vista se mantuvo fija en la nada y en el envoltorio de manos en la cama.

¿No vas a responder?

No te preocupes, después lo hago.

Tenía la curiosidad y la necesidad de revisarlo, no obstante esperaría; no se dejaría dominar por el deseo, no... Sacó el teléfono y leyó el mensaje: “Asómate a la ventana”. “Ya me asomé y no vi nada” redactó sin realizar ninguna expresión significativa: no deseaba que Katherine comenzara a preguntar.

Los dos se hacían el mismo cuestionamiento ¿Qué pasará ahora? Él le acariciaba las manos a su cónyuge mientras pensaba en Alicia y en qué era lo que estaba abajo ¿Era ella? Debía buscar una manera de asomarse a la ventana sin ser evidente; sus ojos se encontraban con los de Katherine y se quedaba con ellos por breves segundos, luego los esquivaba, ambos se esquivaban. Katherine, entre tanto, trataba de explicarse a sí misma cómo sería su día a día después de salir del hospital; aunque le dijera a él que no se preocupara y que no era su culpa, en el fondo pensaba todo lo contrario ¿Cómo dormiría con alguien que por poco no la asesina? No, con alguien que la mató, porque sí se murió, solo que logró volver, ¿cómo pasar la noche con una persona así? La próxima vez podría ser con un arma y allí no habría una segunda vuelta. Debían buscar...

Los padres y el hermano de Katherine entraron a la habitación; pero solo su hermano saludó a Eladio, los progenitores lo otearon con apatía y con odio contenido, preguntándose por qué ese asesino estaba allí y no en la cárcel. Él

soltó las manos de su mujer y, luego de devolver el saludo con bastante incomodidad, se levantó de la cama y caminó hasta la ventana: abajo estaba una mujer haciéndole señas con ambas manos, invitándolo a bajar. Eladio regresó su vista al interior de la sala como buscando una aprobación, pero al descubrir que lo ignoraban la situó nuevamente en las afueras del hospital. La mujer seguía allí; dada la distancia, no pudo determinar sus características, sin embargo estaba seguro de que se trataba de Alicia y que los gestos iban dirigidos a él, solo a él. Se retiró de la ventana y salió de la habitación avisando que regresaría enseguida.

Cuando llegó al sitio, en lugar de Alicia, encontró un sobre en cuyo exterior decía: léeme. Eladio lo recogió del piso, revisó los alrededores en busca de su Alicia y lo abrió: el contenido era una fotografía de Katherine junto a otro sujeto; la cara posterior de la foto tenía agregado con bolígrafo una dirección y una hora. Recordó las películas hollywoodenses en las que ocurría algo similar y decidió ignorar el asunto, ya sabía por dónde venía la cosa; además, Katherine solo estaba hablando, así que definitivamente no se preocuparía por eso, no ahora. Guardó el sobre en uno de los bolsillos de su pantalón y regresó a la habitación de su esposa, pero se quedó afuera; sus suegros y cuñado aún estaban con ella, y aunque no le dijeron nada, él lo entendía todo perfectamente, no hacían falta las palabras.

Transcurridos varios minutos, volvió a recibir un mensaje: “Asómate a la ventana”. Quiso responderle de forma categórica para que entendiera que ya estaba fastidiado, utilizar un “Coño de la madre” o simplemente un “Coño” o... No se atrevió: “Ya recibí el sobre, que quieres con eso?”. Se sentó a esperar la réplica de Alicia y a que Katherine quedara sola nuevamente.

El mensaje llegó en menos de un minuto: “¿Cuál sobre? Asómate a la ventana”. Le sorprendió la respuesta ¿Cómo que cuál sobre? Se levantó de la silla con apremio y buscó el sobre en todos los bolsillos de su pantalón; no lo consiguió, pero eso ya no importaba. No, si importaba, ¿dónde lo había dejado? Avanzó hasta una de las ventanas del pasillo y se asomó aún pensando en el asunto. Abajo no había nada fuera de lo común, así que volvió al corredor más contrariado todavía ¿Había recogido el sobre o no? ¿Estaba alucinando? ¿Para qué se iba a asomar a la ventana? “¿qué quieres que vea?” respondió.

Los padres de Katherine salieron de la habitación y lo divisaron con una expresión muy cáustica; él desatendió dicha actitud y desocupó la silla para que pudieran sentarse los dos. No hubo intercambio de palabras. La relación entre ellos nunca había sido la mejor, pues sus suegros no estuvieron de acuerdo con que Katherine se casara con él y, a pesar de los trece años de relación, la comunicación entre ambas partes escasamente sobrepasaba el saludo; aunque, a decir verdad, Eladio había logrado avanzar un poco con la

señora Carla, su suegra, tanto que ella le enviaba alguno que otro dulce junto al de Katherine, pero ahora las cosas volvían a estar como al comienzo.

Emiliano, único hermano varón de Alicia, salió después de unos minutos y dijo que iba a buscar café. Eladio aprovechó la oportunidad para reunirse con su mujer; hasta entonces, aún no había recibido respuesta de Alicia. Pero la mirada de Katherine no era la misma y estaba seguro de que sus padres le habían dicho algo:

¿Qué pasó?

Nada, ¿por qué?

No, no sé, te vi como preocupada.

No, no pasa nada.

Se repetía el mismo cuadro de antes: él sentado en la cama agarrándole la mano –aunque esta vez ella no respondía a las caricias, sus manos permanecían pasivas a ambos lados de la cama– y Katherine pensando cómo sería su vida después de dejar el hospital. Ahora que se sumaba la invitación de sus padres de irse a vivir con ellos, la situación se complicaba más, ya que seguramente no permitirían que volviera a vivir con Eladio, con un “loco como tu esposo”, le dijeron. Él, no obstante, tenía sus pensamientos en Alicia, en el sobre, en el significado de la ventana, en tratar de adivinar qué era lo que le sucedía a su cónyuge, en...

Mis padres me pidieron que me fuera a vivir con ellos. Soltó ella como con temor, a la espera de una reacción nada parsimoniosa.

Eladio detuvo las caricias y se levantó de la cama. No le había gustado la propuesta ¿Qué se creían ellos? No podían venir así como así y llevársela después de diez años de vida conyugal, ella no era ninguna niña y él...

Pero es solo mientras me recupero. Aclaró ella cuando vio la reacción de Eladio. Sin embargo, la aclaratoria era falsa, la proposición de sus padres era permanente; que pensara en su vida y se olvidara de ese hombre, ya que ella no podía continuar durmiendo con él sin saber si llegaría a despertar, le argumentaron.

El inciso dio resultado, Eladio se calmó un poco y volvió a sentarse en la cama, pero no le agarró la mano y tampoco la miró, sus ojos estaban en la ventana:

¿Cuánto tiempo es eso?

No lo sé, pueden ser unas semanas o un mes.

Sus ojos seguían en la ventana ¿Qué era lo que quería Alicia?



¿Qué tanto miras la ventana?

Se sorprendió al escuchar la pregunta, pensaba que había sido lo suficientemente cauteloso con eso:

No, nada. Alegó y la miró. ¿Qué pasará con nosotros?

Ella no supo responder la interrogante. Llevaba rato haciéndose esa misma pregunta sin lograr darse una respuesta convincente. Ella quería a Eladio; a pesar de los descuidos de él, de su alejamiento, de su reciente paranoia y de tantas otras cosas, ella lo amaba, quizá más que antes, de una forma distinta, pero más que antes.

No lo sé. Cuando terminó de hablar lo sujetó de la mano y con la cabeza le pidió que se acercara, luego lo besó, ambos se besaron. El intercambio de fluidos se interrumpió con la llegada de Emiliano, quien le ofreció una taza de café a Eladio y un paquete de galletas de fibra de avena a Katherine. Eladio dudó en aceptar el café, le pareció extraño que luego de los gestos de descontento le saliera con eso. Una enfermera llegó a la habitación y le pidió a los dos que salieran, había llegado el momento de examinar a la paciente.

\*\*

Apenas Katherine dejó de moverse, él retiró las manos de su cuello y abrió la puerta del carro, constató que no había testigos a la vista y sacó el cuerpo del vehículo; luego, con la ayuda de Alicia, lo arrojó dentro del contenedor de basura. Inmediatamente se montaron en el auto y se marcharon del lugar. Él le besaba la oreja derecha y el cuello a la mujer de ojos azules mientras ella conducía, después movió su mano diestra hasta la entrepierna de la fémina y... Sonó la alarma del teléfono. Eladio silenció el ruido y revisó el largo y amplio espacio del salón de espera –situado a las afueras del edificio– para ver si alguien más se había despertado: sus suegros continuaban dormidos, al igual que la mayoría de los otros familiares; nadie había interrumpido su sueño, al menos él no los veía. Cuando cerró los ojos para intentar dormirse otra vez, llegó un mensaje de texto: “Asómate a la ventana”. ¿Qué podía ver a las cuatro de la mañana? ¿Era una notificación tardía? Chequeó la hora de llegada: 4:00 a.m. No, no era ningún mensaje retrasado. Volvió a constatar que sus suegros estaban dormidos y se levantó con cautela, sin embargo no sabía a qué ventana debía asomarse: “Cual ventana?” En cuanto envió el mensaje, puso el móvil en modo reunión y se sentó nuevamente. “La de la habitación”, recibió.

Eladio abandonó la silla con cautela, miró a sus suegros y subió a la sala: Katherine también dormía. Caminó casi en punta de pie hasta la ventana, allá abajo estaba el mensaje escrito en el asfalto con letras blancas muy grandes: “Mata a Katherine y escapémonos”. Eladio bajó la cortina, ubicó su vista en la

paciente por unos segundos y una vez más se asomó por la ventana, pero ya no estaba el texto. Incrédulo y contrariado, cerró la ventana y nuevamente observó a su esposa; justo en ese momento recibió un segundo mensaje: “Hazlo, máatala y escapémonos. Te espero abajo”.

Caminó poco a poco hasta la cama y se quedó detenido a un costado; atisbaba el cuerpo de su mujer al tiempo que le seguía el ritmo de la respiración. Pensó en agarrar la almohada, no obstante decidió quitarse la camisa que vestía; la envolvió hasta formar una pequeña pelota y la metió en la bolsa plástica que rescató del cesto de la basura, la misma donde Emiliano trajo las cosas que compró. Cuando levantó el brazo con la bolsa en la mano, listo para ejecutar lo que ya parecía inminente, el señor Eduardo, su suegro, encendió la luz de la habitación:

¿Qué haces aquí... y sin camisa?

Eladio reaccionó apenas oyó la voz del viejo pero no volteó a mirarlo, sino que se revisó a sí mismo sin entender la pregunta; cuando por fin comprendió de qué le hablaba su suegro, se repitió la interrogante en sus adentros ¿Qué hago descamisado y con esto en la mano? No supo qué contestar, ni a Eduardo ni a él mismo. Katherine despertó al escuchar la voz de su padre y, al ver a Eladio parado a un costado y con el torso descubierto, le reiteró la interrogante:

¿Qué haces descamisado? Inquirió ella tratando de evitar que el miedo y la desconfianza se escaparan con sus palabras, pero fue imposible.

Eladio sacó la camisa de la bolsa y se la colocó nuevamente aún sin decir una palabra. Eduardo contemplaba a su yerno con desconfianza y con ánimos de sacarlo de la habitación de cualquier forma, pero ya no tenía las fuerzas suficientes para tomar semejante decisión, así que permaneció fijo en la puerta; no se movería de allí hasta tanto Eladio no se quitara del lado de su hija. Katherine divisaba a Eduardo y a su marido sin entender qué era lo que estaba aconteciendo; Eladio oteaba a su cónyuge con la misma duda y, además, con vergüenza, después guardó la bolsa en uno de los bolsillos de su pantalón y se retiró sin proferir nada.

¿Qué pasó? Preguntó Katherine finalmente.

Nada, vuélvete a dormir. Le respondió su papá y apagó la luz. Pero no bajaría a la recepción, se quedaría en una de las sillas del pasillo. Si alguien le decía algo, bajaría entonces, de lo contrario permanecería todo el día allí. No volvería a dejar sola a su hija.

Eladio salió del hospital con rabia, miedo, confusión, tristeza y otro montón de emociones y sensaciones que no comprendía; caminaba sin tener un rumbo claro, pensando en qué era lo que debía hacer. En medio de su

agitación, recordó la expresión de pánico de Katherine al descubrirlo sin camisa y concluyó que lo mejor para los dos era que ella se fuera a vivir con sus padres; no, lo mejor era que él desapareciera.

A escasas dos cuadras del hospital, recibió un mensaje de Alicia: “Qué pasó, por qué no la mataste?” Eladio respondió sin dejar de moverse: “No puedo, déjame tranquilo”. Se montó en una unidad de transporte público sin fijarse ni preguntar hacia dónde iba, no le importaba, solo quería alejarse del mundo, al sitio que fuera, a... Arribó otro mensaje: “Si no puedes, entonces mádate. Si no es aquí, nos encontraremos en el otro mundo”. Eladio terminó de leer las líneas y reaccionó como si hubiera recibido una orden ineludible; pidió al chófer que detuviera el vehículo y se bajó, luego agarró otro hacia su casa.

No pensaba en otra cosa que no fuera agarrar el cuchillo de la cocina y pasárselo por la garganta. Las imágenes sucesivas de él con el cuchillo en la mano, el cuchillo en el cuello, el cuchillo abriendo lentamente la carne y la sangre fluyendo descontroladamente mientras su cuerpo daba las últimas convulsiones, se repetía una y otra vez en su mente sin que él pudiera hacer nada.

Eladio abrió la puerta de su casa y fue directo a la cocina, tal como aparecía en las imágenes: el cuchillo en su mano derecha, el cuchillo en el... No, no era su cara la que ahora aparecía en los cuadros fotográficos, era el rostro de Eduardo. Entró a la habitación principal con el arma blanca en la mano diestra y salió con una chaqueta puesta y con el bolso donde llevaba la comida al trabajo. Cerró la puerta y abordó otra unidad con destino al hospital.

Las imágenes continuaban repitiéndose una y otra vez en el cerebro de Eladio, quien avanzaba de forma mecánica sin dar ningún indicio de humanización. Los rostros cambiaban a cada momento, unas veces era Eduardo, en otras era Carla, Katherine y luego él.

Arribó al hospital antes de las ocho de la mañana. Cuando llegó a la habitación de Katherine, saludó a sus suegros con una sonrisa y entró a verla. Eduardo, siguiendo su objetivo de no dejarla sola bajo ninguna circunstancia, se paró en la puerta.

¿Qué tienes, dónde estabas?

Eduardo miró hacia la ventana; tras la cortina leyó el escrito anotado en el vidrio: “Mátala y escapémonos”.

Nada. Dijo y salió de habitación. Eduardo caminó tras él y se sentó nuevamente.

Minutos después, Katherine escuchó los gritos de terror de Carla. Ella se quitó la vía del brazo con rapidez e intentó levantarse; pero antes de que

pudiera hacerlo, su mamá entró a la habitación temblando, tratando de no gritar otra vez y pidiéndole que no se moviera de la cama. Katherine ignoró las súplicas y los nervios de su madre y salió del cuarto. En el piso del pasillo estaba el cuerpo de la recepcionista del hospital y a su lado el de Eladio, ambos degollados y cubiertos de sangre. Katherine cayó al suelo desmayada sin tiempo de soltar un alarido.

Aún no se ha podido explicar el acontecimiento. No ha sido posible dar con el celular ni con ninguna otra pista, lo único que se sabe es que Eladio dejó la habitación de Katherine para ir al baño y regresó nuevamente al pasillo; su actitud seguía siendo distinta y, además, no traía consigo el bolso en la mano. Le sonrió a Eduardo y buscó acercársele con un cuchillo de cocina escondido en uno de los bolsillos de la chaqueta; justo en el momento en el que Eladio se dirigía hacia Eduardo con el fin de ejecutar lo que solo él conocía, apareció la recepcionista. Él, en lugar de continuar avanzando hacia su suegro, sacó el cuchillo y se arrojó sobre la mujer, luego vinieron los gritos.

Muchos continúan preguntándose por qué ella abandonó su lugar de trabajo. Algunos dicen que Alicia, la recepcionista, se ausentó de su puesto en la recepción para visitar a una amiga que estaba recluida en una de las habitaciones del cuarto piso, otros que a un vecino y los últimos dicen que a un enamorado; pero nada es seguro.

**Freeditorial** 